

[12]

No conozco amor por otra patria que no sea Colombia

Mi nombre es Kent Francis James. Nací en esta isla de San Andrés, de padres nativos, y soy enteramente isleño. Fui bachiller del colegio Bolivariano cuando estaba regido por los hermanos cristianos de La Salle. Presté servicio como infante de marina, en 1969. Ingresé, en 1971, a la Universidad Externado de Colombia e hice la carrera de derecho y, en 1976, la especialización en derecho público. De 1978 a 1990, combiné la profesión de abogado con actividades en el terreno de la cultura popular tradicional. Trabajé intensamente en la Casa de la Cultura organizando eventos que estimularan la cultura del archipiélago. Creamos el Movimiento Amplio Revolucionario (MAR). Teníamos la idea de un movimiento político “verde” que diera cabida a personas que no tuvieran la tradición ni el poder económico para hacerse elegir. En 1984, salí elegido para el consejo intendencial y, en 1986, para la Cámara de Representantes como suplente de Alvaro Archbold. En 1988, fui elegido para el concejo de Providencia. En 1990, habiendo sido de nuevo elegido para el consejo intendencial, el presidente César Gaviria me nombró intendente, y luego, como la Constitución de 1991 nos transformó en departamento, me nombró gobernador hasta el 2 de enero de 1992. El mismo Gaviria nos convirtió, a cinco isleños, en embajadores de Colombia en el Caribe —en Guyana, Trinidad, Barbados, Jamaica y Belice—, más dos cónsules en Bluefields y Vancouver. Yo estuve cinco años en Belice. Ahora estoy analizando la posibilidad de lanzarme de nuevo como candidato a la gobernación*.

La familia y sus aportes

Yo soy nativo ciento por ciento. Mis abuelos maternos son de Providencia. Todos los progenitores de mis padres también fueron nativos, y he querido ver de dónde llegaron porque todos hemos llegado aquí en algún momento.

Mi abuelo estuvo entre los que fundaron la iglesia Misión Cristiana en 1914, que fue, en parte, una protesta frente a la Primera Iglesia Bautista, pero que se creó, sobre todo, por la distancia que había entre la Loma y North End. Aunque el abuelo falleció cuando yo tenía cuatro años mi padre me contó que el, siendo totalmente isleño, era bilingüe: escribía, leía y hablaba perfecto en inglés y en español. Vi un documento redactado en español y firmado por él en 1900, como secretario del inspector de policía. Por más de treinta años fue notario. En ese tiempo el notario era como abogado empírico que servía de intermediario entre los gobernantes y la comunidad que no entendía español. Ellos firmaban bajo confianza al notario. Cuando en 1965 se quemó la intendencia —una joya arquitectónica con piezas y muebles antiguos— en el edificio se encontraba, además, el archivo histórico con el registro de los instrumentos públicos y la notaría única del archipiélago.

Mi padre fue educador. Estudió en la normal de Barranquilla y allí aprendió español. Después sirvió aquí algunos años como profesor y se convirtió en capitán mercante, que fue su profesión de toda la vida. Trabajó sobre todo

* A fines de 2002 fue incorporado como miembro del grupo asesor frente a la demanda de Nicaragua y como embajador de Colombia en Jamaica.

con los americanos. Mi madre falleció en 1991 y está sepultada aquí, en el patio de mi casa, según la tradición isleña.

Misiones en tierra de cristianos y español donde se hablaba inglés

Esta isla se distinguió por la convivencia aun en el tiempo en que llegaban piratas y corsarios. No fue una isla de confrontación religiosa. Primero llegó la iglesia bautista, luego llegaron los padres católicos de Inglaterra, los adventistas y la Misión Cristiana. Hubo plena armonía y libertad de cultos hasta cuando se establecieron unas políticas de Estado equivocadas, que declaraban a las islas como tierra de misiones, cuando aquí no había ningún bárbaro. Mucho antes de que llegaran los terciarios capuchinos, el que no asistía a la iglesia tenía la sanción social de la comunidad. Era mal visto no vincularse a las actividades de cualquier iglesia. Pero a los capuchinos les impusieron la tarea de evangelizar, y para “colombianizar” las islas les dieron además un arma poderosa: el manejo de la educación y de los presupuestos para las escuelas y la selección de los profesores. De este modo nos confrontaron con la religión de nuestros padres. Nos tocaba asistir a la iglesia Católica a la misma hora en que teníamos que ir a la nuestra. Las familias que podían hacerlo, se fueron a educar a sus hijos en otras partes. Pero a muchos les tocó bautizarse para tener oportunidades de estudiar porque los colegios católicos tenían el apoyo gubernamental. Eso generó confrontaciones pues pretender convertir almas con el recurso económico no es muy católico que digamos.

Tuve la oportunidad de ser bachiller del colegio Bolivariano cuando estaba regido por los hermanos cristianos de La Salle, que en cierta forma seguían la línea de los capuchinos. No solo en el colegio había que hablar español. Mi casa quedaba en la avenida 20 de julio. Nos sentábamos con amigos frente a la Misión Cristiana, pero teníamos que dejar de hablar en *creole* mientras pasaba el agente de policía porque podía decidir que estábamos hablando en su contra. Vivíamos con ese temor. Por creer que la colombianidad la daba la similitud, el Estado nunca admitió las diferencias, pero esa colombianidad la dábamos los habitantes y los que nos antecedieron.

Entre el derecho, la cultura y el mar

Yo ingresé, en 1971, a la Universidad Externado de Colombia e hice la carrera de derecho y, en 1976, la especialización en derecho público. Era la época en que se mezclaba el estudio de la administración pública con las ciencias políticas. Después se dividieron.

De 1978 a 1990, combiné la profesión de abogado con actividades en el terreno de la cultura popular tradicional. Trabajé intensamente en la Casa de la Cultura organizando eventos que estimularan la exaltación del folclor, presentaciones de la cultura del archipiélago, festivales orientados a la integración con la gran familia Caribe a la cual pertenecemos. De ahí surgió la idea de hacer el Green Moon Festival, que arrancó en 1987. En 1991, hicimos el festival de boleros de América con boleristas de Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica y sobre todo de Cuba, con la gran Elena Burke, la orquesta Aragón y otros. Sigo vinculado a la Casa de la Cultura de North End, que, en sus 32 años, ha sido la madre de otras sedes que ha fomentado como la de Tamarind Tree en la Loma, en San Luis, y en Providencia.

Dentro de mi familia hay hombres de mar. Mi padre, mi abuelo, mis tíos lo fueron. Yo presté servicio como infante de marina, en 1969. A través de un programa de la Armada para profesionales encontré, desde 1993, una buena oportunidad de adquirir conocimientos sobre el mar y marinería. Así, por ocho años, cada vez que llegan las embarcaciones de la Armada, por ser oficial, recibo reentrenamiento. Para mi es un orgullo pertenecer a la Armada Nacional y poder ofrecerle mis servicios.

El político, último intendente y primer gobernador

El MAR surgió como una inquietud que venía desde la secundaria. Se formó básicamente con compañeros del Bolivariano, que en los cinco o seis años que estuvimos fuera, haciendo estudios universitarios, seguimos reuniéndonos para participar en la vida de nuestra isla. Teníamos la idea de un movimiento político “verde” como un instrumento político que diera cabida a diversas personas que no tuvieran la tradición ni el poder

económico para hacerse elegir. O sea, un movimiento que no fuera estático como esos en donde un solo nombre es el que siempre sale elegido. Participamos en foros políticos, cívicos, sociales y pudimos influir para que hubiera más conciencia sobre el equilibrio económico, social y ecológico del archipiélago. Pero hemos visto que las cosas no se logran en veinte años. Falta mucho camino por recorrer.

El MAR se presentó por primera vez en las elecciones de 1982. Yo era presidente de la junta de la Casa de la Cultura y tenía en mente retirarme y asumir la candidatura. En una reunión que hicimos allí con personajes de la política, del gobierno y la empresa privada, hablé sobre el San Andrés posible. Dije que requería de una infraestructura y un desarrollo económico orientado hacia una actividad para la que tuviéramos mejor formación, más productiva y que permitiera crear riqueza y una actividad económica estable. Dije que la venta de mercancías era tan frágil que, en 1964, se había muerto por un decreto gubernamental, y que si se adoptaba otra manera de manejar las importaciones del país, se podría acabar con el privilegio que tenía la isla. Dije que había que preservar esta isla porque su mayor riqueza estaba en su oferta ecológica, que estaba amenazada por el crecimiento poblacional que podía tener un impacto negativo. Que nuestro "desarrollo" turístico podía generar daño ecológico y descomposición social; y que teníamos que tomar medidas para frenar no solo el ingreso de los que llegaban sino también la alta tasa de natalidad.

Mucha gente se vino para San Andrés a raíz del triunfo sandinista. Se vinieron tal y como íbamos nosotros en el pasado a la costa: así, sin más ni más, y no se hablaba de pasaportes ni de visas, y uno llegaba a donde familiares. Eso había acontecido hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando los países comenzaron a imponer restricciones, a exigir documentos y a tomar medidas, pero aquí se vivía abiertamente, sin restricciones. Yo siempre he dicho que en el mar no se pueden establecer mojones, así que no hay cercas. El mar es abierto.

Un poco después de que se hubiera conocido el MAR nació el *Sons of the Soil* (SOS). A mi me propusieron ingresar a él. Pero la razón principal, en

ese momento, para no ser de SOS era que ellos no se planteaban la representación política y yo no quería convertirme simplemente en parte de un grupo de presión sino que quería tener la capacidad de proponer, de asumir responsabilidades, de ser protagonista político.

En 1984, yo salí elegido para el consejo intendencial y, en 1986, para la Cámara de Representantes como suplente de Alvaro Archbold. Otro candidato es elegido consejero intendencial. En 1988, fui elegido para el concejo de Providencia.

En 1990, habiendo sido de nuevo elegido para el consejo intendencial, el presidente César Gaviria me nombró como intendente, y luego, como la Constitución de 1991 nos transformó en departamento, me nombró gobernador. Entre el 3 de octubre de 1990 y el 2 de enero de 1992, es decir, durante 14 meses y 28 días fui intendente y gobernador. Encontré una administración que no podía pagar la nómina ni era capaz de recaudar sus ingresos, tenía varias obras comprometidas, doce millones de dólares en cuentas por pagar y una cola de gente cobrando. Lo primero que hice fue suspender un crédito de tesorería que se tenía abierto en los bancos para pagar nómina, sin saber de dónde se iba a pagar. Con apoyo de la contraloría general de la República organizamos un equipo para detectar y calcular los ingresos posibles del archipiélago según el conocimiento de embarque de las mercancías que entraban. Con el lema "transparencia y eficiencia" le permití a todas las personas ver la documentación pública. Hicimos una relación entre las importaciones y el tonelaje de carga de los barcos, porque para no pagar impuestos se suele mentir sobre los valores y las unidades. Pero como no se puede mentir sobre el peso de la mercancía que trae el barco, sumábamos y decíamos: si cada televisor tiene tantos kilos no pueden ser 100 sino 1.000 televisores. Luego, reunimos a los funcionarios y les explicamos cómo íbamos a hacer el control y qué esperábamos de ellos, ya que si no obteníamos los ingresos correspondientes era porque no estaban cobrando efectivamente los impuestos, y les tocaría salir del puesto. Con los contratos y las compras de la administración hicimos lo mismo, para que se cobrara el precio justo y no diez veces más, y les aseguramos a los proveedores y contratistas el pago dentro de

los cuarenta días siguientes al cumplimiento del contrato. Establecimos lo que llamamos “el patinador”, que era una resolución que le decía a cada funcionario en cuánto tiempo tenía que resolver un asunto u objetarlo con el fin de que el proceso durara treinta días desde la presentación de la cuenta hasta el pago; y dimos diez días más para que el funcionario llamara al proveedor para entregarle el cheque. Exigimos al proveedor no acercarse a las oficinas sino a la entrega de los documentos y retiro del cheque.

En 15 meses pagamos 10 de los 12 millones de dólares de deuda, invertimos 5 millones de dólares en la represa para el agua de Providencia, entregamos el Colegio de Enseñanza Media Diversificada (CEMED) de San Luis, invertimos en la construcción del aeropuerto. Atendimos actividades culturales, de salud y de educación. Dicté un decreto prohibiendo el uso de arena coralina que durante años se extrajo para hacer edificaciones que a los veinte años se caen.

El MAR no se ha acabado. Por primera vez perdimos en las elecciones para la asamblea en el 2000. Existe ánimo para relanzarlo y aprender, pues la derrota fue una llamada de atención porque se estaban dejando de lado los argumentos con los cuales logramos reunir simpatizantes. El MAR, de foro de discusión semanal sobre temas de las islas, se había convertido en otro grupo de esos que, cuando llegan las elecciones, empiezan a pedir votos.

Para las elecciones de noviembre de 1999 hice durante tres meses campaña para gobernador, pero me retiré porque no tuve suficiente acompañamiento, y decidimos apoyar a Ralph Newball. Ahora quiero comprometerme a generar un grupo que me apoye para ser gobernador con ideas audaces, con ánimo, pues hay que gobernar agrupando las voluntades de la gente para buscar sus propias soluciones. Antes se gobernaba con el presupuesto. Ahora hay que hacer participar a la gente para que se convierta en parte de las soluciones.

El diplomático

Cuando Luis Carlos Galán visitó Providencia, los habitantes –entre ellos Mr. Ronald Taylor Robinson,

que en paz descansa– le pidieron con buenos argumentos que las islas tuvieran representación diplomática. Gaviria recibió y aceptó la idea, y nos convirtió, a cinco isleños, en embajadores de Colombia en el Caribe en Guyana, Trinidad, Barbados, Jamaica y Belice, más dos cónsules en Bluefields y Vancouver. Hemos compartido con los otros embajadores la experiencia y coincidimos en que la sola presencia distinta del promedio nacional hace que Colombia sea más grande, muestra una representación multiétnica y pluricultural ante el mundo. Podemos prestar un servicio muy valioso al país frente a la comunidad internacional.

Yo, en 1987, había tenido la oportunidad de estar en Nueva York en la asamblea general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) haciendo parte de un grupo de cinco congresistas que representamos a Colombia en calidad de embajadores. Presenté ante la plenaria de la ONU la condena del país a la discriminación en Sudáfrica. Cuando terminé, los delegados de los países africanos rodearon al jefe de la misión, que era Enrique Peñalosa Camargo, para decirle que estaban muy contentos y orgullosos de ver que Colombia tenía gente de raza negra, lo que significaba que su apoyo no era teórico sino que tenía gente de sus entrañas condenando realmente el racismo.

Luego, en Belice, también tuve una gran oportunidad de hacer trabajo diplomático. El beliceño es muy orgulloso de su *creole*, que habla como señal de familiaridad, pero frente al extraño habla en inglés. Yo adquirí un sello de consanguinidad desde el primer momento de mi introducción pues al presentar mis credenciales como representante de Colombia le hablé en *creole* al primer ministro. La respuesta fue: “tú eres uno de los nuestros”. Desde entonces nunca hablaban inglés conmigo sino *creole*, salvo si se presentaba otro diplomático. En todos los sitios mostraban, muy orgullosos, cómo éramos la misma cultura, y esa identificación cultural abría un millón de puertas. Eso contradecía los argumentos que maneja Nicaragua en Centroamérica, en el sentido de que, por la proximidad geográfica, deberíamos ser de ese país. Yo les decía: es el mismo caso de muchas otras islas, cuya nacionalidad obedece a otros criterios históricos y jurídicos y no a criterios meramente

geográficos. Entonces el representante de Nicaragua decía que Colombia es imperialista y que lo que tiene aquí es una colonia. Pero mi sola presencia desdecía ese argumento.

Como yo canto de vez en cuando para alegrar a los amigos, especialmente música mexicana, eso me ligó con el embajador de México en Belice. En las reuniones él tocaba la guitarra y yo cantaba. Yo le cantaba rancheras en compensación a que el vallenato se ha tomado a México.

Yo traté de organizar exposiciones de nuestros artistas isleños allá. No fue muy fácil. En 1994, cuando inicié misión en Belice, la aerolínea hondureña acababa de suspender el vuelo de ida y regreso Panamá-San Andrés-Tegucigalpa-Belice-Miami, que, tres veces a la semana, permitía llegar en un mismo día de San Andrés a Belice. Luego, tocaba pernoctar en San José, lo que hacía mucho más difícil y costoso el viaje.

En cinco años que estuve en Belice no conocí mucho la región de la antigua Mosquitia. Me arrepiento de no haber ido, en Guatemala, a Livingston y, en Honduras, a Roatán. Lo que sí hice fue recoger información de todas esas áreas que comparten con nosotros raíces culturales y con las que conformamos una gran nación cultural. Tuve oportunidad de estar en Bocas del Toro, en Panamá, buscando rastros familiares. Puerto Limón es un poco diferente porque es una inmigración más reciente que fue directo de Jamaica. Vi cómo el *creole* de Belice es más similar al nuestro que el de Jamaica, que tiene un ritmo muy rápido, muy propio. Belice tiene la misma entonación y la misma forma del *creole* nuestro. La ventaja de ellos es que el manejo del inglés es generalizado y entienden mucho español porque tienen fronteras con México, Guatemala y proximidad con Honduras.

Del puerto libre a la apertura

Cuando se decretó el puerto libre para San Andrés no hubo ningún tipo de mecanismos de intervención estatal para equiparar las desigualdades. Se adoptó una medida pero no se fue capaz de prever sus consecuencias y de atender sus efectos secundarios. Se dice que la población lo solicitó, pero, en el fondo, lo que la población quería era liberarse de la cantidad de funcionarios

que, con ocasión de la Segunda Guerra Mundial, llegaron aquí a ejercer soberanía, y dentro de esos habían llegado los de la aduana con nuevas medidas. Lo que la gente hacía sin pedirle permiso a nadie y sin ningún tipo de cortapisa era traer de Panamá o Estados Unidos sus comestibles y las telas para hacer su ropa, pero eso se volvió un problema cuando llegaron los funcionarios de la aduana a aplicar la cantidad de normas que se producían en Bogotá y que aquí no se conocían ni se habían aplicado nunca antes. La gente se fastidió, y cuando llegó Rojas Pinilla le dijeron que querían ahorrarse esos controles. El declaró entonces el puerto libre.

Yo estoy convencido de que el general quiso dar respuesta de buena fe a la solicitud de los nativos, tanto que, en épocas de Rojas Pinilla, no se les permitió a otros que no fueran isleños ser importadores. Al comienzo, el puerto libre trajo consigo que la gente nuestra pudiera seguir trayendo su *pigtail* y otras cosas que no había en Colombia. La cosa empezó a cambiar cuando los primeros que vieron una oportunidad de negocio, buscaban a un isleño para que les firmara las licencias de importaciones, porque ellos no podían importar aquí. Cuando cayó Rojas Pinilla la gente espera a ver si se iba a sostener el decreto que había instaurado el puerto libre. Entonces se expidió una ley de 1959, que sostuvo la medida. Aquí, en San Andrés, se apoyó su continuidad porque para muchas personas era una fuente de trabajo, daba oportunidades para arrendar los frentes de las casas o el primer piso para hacer un almacén o una bodega y eso generaba unos ingresos. Entonces mucha gente, especialmente árabes que venían del continente, empezaron a llegar en los sesenta, a hacer lo que los nativos no tenían ninguna expectativa de hacer, que era vender mercancías al resto del territorio colombiano y a países vecinos. Luego, la acumulación de las utilidades se convirtió en una herramienta para desposeer a los dueños de la tierra.

Cuando llegó Simón González a la intendencia, en tiempos de Belisario Betancur, se incrementó la llegada de más personas. La isla obtuvo mucha mayor publicidad que atrajo turismo pero también a muchas personas que querían vivir aquí. Si se repetía por la radio que en el archipiélago todo estaba bien, era como decir: ¡vengase para

acá! Incluso eso atrajo a los narcotraficantes, que empezaron a hacer inversión a finales de los ochenta en la construcción de edificios, hoteles y casas, y produjo un gran incremento en los valores de las propiedades. La gente creía que podía hacerse rico por tener un pedazo de tierra, porque si valía diez, ellos pagaban cien millones.

Al mismo tiempo, se produjo la apertura económica para abrir el país a la globalización. En ese ambiente crecían las expectativas de la población pero, con la apertura y la reestructuración administrativa, vino un gran freno de la economía de la isla que ha dejado a la población en grandes dificultades, a tal punto que la gran mayoría no logra satisfacer sus necesidades básicas. Eso acelera la descomposición social y la inseguridad.

Pero las inversiones privadas en tierra y construcciones crecían mucho más rápido que las que se hacían en infraestructuras. Entonces viene una ofensiva local a través de la tutela para contrarrestar las grandes inversiones en construcción, porque no alcanzaban los recursos y la oferta de servicios básicos no podía seguir el mismo ritmo.

El problema poblacional

Cuando aquí se vivía en armonía con la naturaleza había abundancia de ofertas para la subsistencia: comida y techo. Los isleños podían con orgullo levantar a sus familias. Pero a partir del puerto libre dejamos de ser autosuficientes para alimentarnos y hoy somos totalmente dependientes. Si en dos días no llega un avión, aquí hay hambre. No es justo que se haya dado este “desarrollo” a las islas.

Si el Estado está instituido para velar por el bienestar, por la vida, honra bienes y progreso de la gente, aquí no vamos por buen camino. No vamos hacia el progreso. El estado permitió que hoy estén 60.000 personas en esta isla y que estemos acabando con ella. La supervivencia no va a hacer posible la convivencia. La sola presencia de 60.000 personas es un impacto negativo mayor, sobre el equilibrio de esta isla. Esto lo tenemos que resolver ahora. Ante todo por el interés de las personas que vivimos aquí; pero también por el interés de mantener una zona geoestratégica que, a partir de los derechos del mar, genera

más de 200.000 km² que podrían reportar grandes beneficios políticos, económicos y geográficos. Yo no creo que un país de 1.200.000 km² no sea capaz de dotar a un área terrestre de menos de 50 km² de superficie de un orden básico que permita la convivencia. Si no, vamos a perecer, vamos a desaparecer porque nos vamos a destruir por el conflicto que genera la descomposición social, y ecológicamente también nos vamos a destruir. No es posible que, viendo cuál es el derrotero que estamos siguiendo debido a las condiciones que el Estado ha permitido, sigamos así. El Estado tiene que retomar a San Andrés, tiene que poner a San Andrés como un estandarte para su propio orgullo nacional.

Por la cantidad de gente y por nuestras circunstancias económicas se está generando una descomposición social e inseguridad que acaba con la imagen de paz y de tranquilidad de la isla. Si dejan de venir los visitantes, provengan de donde provengan, la vida económica se va para el suelo. Antes, cuando éramos 10.000 habitantes, podíamos vivir sin un visitante pero ahora la economía gira en torno del turista.

Ante todo, hay que resolver el problema de población. Antes que montar personas en un avión para sacarlas, en esta isla hay que hacer, rápidamente, un plan efectivo para dejar de multiplicarnos por un tiempo. Si lo hizo un gran país como la China, cómo no vamos a poder hacerlo nosotros cuando el peligro que tenemos es más grande que el de la China, que por sí sola es un continente. Tenemos que apoyar las medidas de control que debería ejercer la OCCRE. Todos queremos estar en un sitio en un momento determinado, pero por lo menos deberíamos tener conciencia de que para salvar la isla no podemos seguir generando el deterioro que estamos causando. Tenemos que adoptar también controles efectivos de ordenamiento en nuestro medio, y utilizar los recursos para crear orden y autoridad.

Hay gente que vive en las islas porque aquí se les permite el desorden. Cuando se controlen las construcciones con parámetros que deben obedecer al plan de ordenamiento territorial y ambiental, cuando todos los esfuerzos estén dirigidos a crear orden y se tenga más presencia de policías, más movilización de solidaridad ciudadana para crear

seguridad, para impedir que se robe, que se abuse del vecino, que se hagan cosas ilegales, esa gente se va a ir a otra parte porque aquí ya no estarían viviendo a su acomodo. Se van a ir cuando los espacios públicos se respeten, la playa no esté llena de vendedores, las reglas de tránsito se obedezcan, se implanten velocidades máximas que permitan la seguridad de los transeúntes. Si nos ponemos a trasladar gente nos gastamos muchos más recursos que si implantamos disciplina para generar convivencia.

En el MAR creímos, y seguimos creyendo, que los pueblos pueden alcanzar mucho más y más rápido a través de la cultura que a través de la política. La cultura siempre une a los pueblos y le permite a un pueblo conocer y admirar cómo se manifiesta el otro pueblo. Nosotros propusimos la preservación del espacio y del medio, ligados al mantenimiento de la cultura nativa. Propusimos un banco de tierras que impidiera el despojo que venía ocurriendo debido a la venta de las tierras para atender la educación de los hijos o alguna calamidad doméstica o enfermedad y, después, apenas para subsistir. Decíamos: esto no puede ser jamás una isla-ciudad porque no es una isla continental. Manhattan es una isla-ciudad pero puede recibir todo lo que requiere por los puentes o por los tubos que van por debajo de las aguas. Pero las islas oceánicas tienen que tener vida propia, autónoma, para que puedan lograr su equilibrio.

Fácilmente, la gente mira la isla y dice: aquí todavía hay mucho terreno para construir. No entiende que la isla necesita un más alto porcentaje de espacios con vida natural para poder ofrecer los elementos que necesitamos, como el agua del subsuelo, la producción de lluvias, el verde para mantener la vida. No nos hemos dado cuenta de lo que significa ser una isla coralina, que nace a partir de la barrera arrecifal y cuya porosidad se ha afectado de muchas maneras. Los corales, como cuerpos que tienen vida, han sido afectados por un manejo inadecuado de la disposición final de sólidos y líquidos, lo que además altera las condiciones para la provisión de alimentos.

Nadie pensó que había que proteger la isla. Todo el mundo se puso a construir hoteles con arenas de las playas, cuando los turistas venían era para

las playas. Aquí desarrollamos una actividad inmediatista. La actividad del comerciante permitía la utilidad día a día y no pensaba en el largo plazo.

Se deberían definir las áreas que ya no se pueden recuperar, para que sean urbanizadas, y preservar los espacios verdes para mantener la vida y el equilibrio en la isla. Pero hay que reconocer que, para sostener el verde, hay que apoyar o compensar económicamente a sus dueños. Aquellas personas que tienen terreno y que de la siembra escasamente pueden obtener para comer, y a veces ni para eso, si conservan ese verde están prestando un servicio para todos que les debe ser reconocido. La isla no es capaz de producir agua para toda la población que hoy tiene. Si acaso alcanzará para 20.000 personas, pero no para 60.000, y los otros recursos naturales son muy limitados.

La corrupción

Otro problema es el de la corrupción. Mi padre y sus compañeros me cuentan que, en su época, el servicio público era algo sagrado. El funcionario que cometía alguna indelicadeza, por insignificante que fuera, si tenía que ver con el manejo económico, sufría una vergüenza tan grande que debía abandonar la isla, muchas veces para no volver jamás. Lo mismo sucedía con todo lo que era comunitario: el manejo de la iglesias, los fondos, las actividades comunes. Desde que llegaron funcionarios de otras partes, que no tenían frente a quién tener vergüenza, esa pulcritud o esa coacción social sobre el funcionario público se fue perdiendo. Si era deshonesto aquí se devolvía sin problema a otra parte. Empezó a hacer carrera la idea de que el que no se beneficia es un tonto, empezaron a mofarse del funcionario honesto, a reverenciar al que tuviera dinero sin importar cómo lo obtenía, y eso degeneró en una generalización del comportamiento inescrupuloso.

Yo soy partidario de que se elijan los funcionarios, pero es evidente que tenemos que aprender a ser electores, a hacer buenas elecciones. En el fondo, queremos exigir rectitud, honestidad y eficiencia pero al mismo tiempo buscamos las ventajas individuales, y eso genera corrupción. Además, hay políticos que nunca han escondido nada, se han dado a conocer tal y como son, que

no se meten en piel de ovejas sino que siempre son lobos. En un discurso en una esquina ofrecen diez puntos y en la esquina de enfrente otros diez puntos diferentes. No engañan a nadie porque los de esta esquina hablan con los de la otra. Pero igual los aplauden en ambas partes y lo más curioso es que los eligen y, mientras gobiernan, nadie los condena públicamente.

Para mí el Estado no es sólo el gobierno central. Son todos los niveles: local, regional, nacional. Uno de los errores más grandes que ha cometido el Estado queriendo solucionar los problemas es el aislamiento en que actúa cada institución. Así no son efectivos los planes correctivos. Es muy importante que el Estado se asesore de la academia para hacer un plan que se desarrolle en forma integral y no por retazos. No se trata solo de infraestructuras. Hay que trabajar con conocimiento y preparando la gente del archipiélago.

Autonomía o autodeterminación

Soy uno de los que, desde hace mucho tiempo, he creído en la autonomía, en la búsqueda de mayores niveles de participación. Últimamente, yo he dejado de hacer esfuerzos en ese sentido porque las propuestas al respecto se han esgrimido y utilizado como armas y látigos contra el resto de la gente. Creo que son oportunidades que deben darse, pero veo un ánimo de confrontación y no un instrumento de desarrollo pacífico, de convivencia. Necesitamos un ambiente más tranquilo porque la autonomía requiere asumir responsabilidades, estar en capacidad de ser arquitectos de nuestro propio destino, que como comunidad desarrollemos solidariamente las metas posibles, que respondamos por lo nuestro. A mi no me gusta que me manden el gobernante y el funcionario de otra parte sino que nazca de la tierra, que brote de la tierra. Pero si queremos que el Estado o la comunidad nos reconozca para ocupar posiciones, tenemos que estar preparados.

La manera como se está presentado la aspiración de autonomía da la sensación de independencia, y autonomía e independencia son dos cosas diferentes. La autonomía es precisamente la aceptación dentro de un sistema estatal nacional de un nivel máximo de responsabilidad. La independencia es autodeterminación, que es otra cosa diferente.

No creo que la población raizal esté por la independencia. Hay, eso sí, una profunda manifestación de inconformidad por la falta de empleo, porque vieron que entre su abuelo y él pasaron de ser poseedores de tierra y tenderos de bienes a ser desposeídos. Eso tiene que generar rebeldía pues la isla les pertenecía a los abuelos. Eso ha pasado en otras islas. También se añora hoy la autonomía que tuvimos cuando el gobernante era simplemente un representante del Estado, que no tenía mayor injerencia pero que administraba algunos recursos. La gente giraba en torno a la autoridad de los pastores, que definían las diferencias que podían existir en la comunidad para garantizar una vida en tranquilidad y en paz.

Tampoco creo que tengamos la capacidad de autonomía completa o de independencia, y menos como estamos ahora. Hoy no existe un Estado distinto de Colombia que pueda ser protector de estas islas y que pudiera ser aceptado por nosotros. Es ilusorio pensar en independencia. Y la comunidad no ha debatido las implicaciones de la autonomía y menos de la independencia.

Yo, por ejemplo, no he sido invitado a las reuniones del movimiento raizal, pero he participado en las actividades de las que he tenido conocimiento. Si me invitan, asistiré, porque si algo deseo es que podamos dialogar entre nosotros mismos y confrontar posiciones con toda tranquilidad, pero no hemos tenido esa oportunidad. Si no nos escuchamos no podemos obtener soluciones. Gritamos mucho y cada uno se queda con lo que cree que es lo suyo. Las diferencias pueden ser muy pequeñas o muy grandes, eso no importa, pero si no nos escuchamos jamás se achicarán porque no hay una absorción de lo que el otro piensa.

Demanda de Nicaragua

Jamás hemos sido nicaragüenses, ni siquiera en la época de la colonia cuando dependíamos de la capitanía de Guatemala. Más bien, no solo San Andrés, Providencia, y Santa Catalina sino también las Islas del Maíz y la costa de la Mosquitia dependían de Bogotá, ya que, como pueblo, firmamos una carta pidiendo al rey de España, en 1802, que nos anexara a Santafé y nos separara de la capitanía general de Guatemala,

que administraba todo el territorio de lo que hoy es Centroamérica. La capitania estaba en Antigua y no tenía acceso fácil hacia el Caribe y tenía influencia hacia el Pacífico de Nicaragua y Costa Rica. En cambio, Santafé administraba toda la región de la Mosquitia a través de tierra firme por Cartagena y Panamá que pertenecían a Santafé. Y los isleños tenían sus propias goletas que les permitían hacer frecuentes viajes por el mar a Colón y Cartagena, y comunicarse con Santafé. Otra alternativa para los isleños era la de adherirse al norte, pero nuestros padres nunca quisieron ser norteamericanos por la discriminación racial que existía en ese país.

La adhesión a la Gran Colombia se volvió a ratificar más tarde mediante una delegación enviada a Cúcuta y, luego, fue clara y contundente cuando la separación de Panamá. He recogido esos testimonios de personas que lo vivieron. Se sabe incluso que hubo gente de Bluefield y de las Islas del Maíz que lucharon contra la toma que hizo Nicaragua de la costa de la Mosquitia, antes del tratado del 28. Por eso, *ad portas* de la firma del tratado de 1928, los nicaragüenses hicieron un primer intento y nos pidieron que, así como las Islas del Maíz y la costa de la Mosquitia, que eran colombianas, iban a pasar a manos de Nicaragua, también nosotros nos pasáramos a ese país. Pero ni siquiera se les dejó desembarcar, ni se les dio agua. Llegaron a la bahía y se tuvieron que regresar.

Luego, en los años treinta, defendimos la patria en el conflicto con el Perú. Cuando la toma de Leticia, navegantes y marineros de San Andrés y Providencia comandaron embarcaciones de la marina colombiana que con los negros del batallón de macheteros del Cauca, protegieron la integridad territorial de la república. Estoy haciendo un trabajo para sacar a la luz la historia de los isleños que fueron y que formaron la Armada, y en ellos encuentro ese apasionamiento por la nacionalidad, pues de otra manera no se explica cómo, voluntariamente, hasta jóvenes de 10 años, que fueron rechazados por la edad, se ofrecieron para ir a pelear.

Después se desarrolló un gran respeto por los símbolos patrios y una celebración de los días nacionales con mucho orgullo. Sin saber español, mis padres me cuentan que todo el mundo can-

taba y sabía recitar las once estrofas del himno nacional; definían el escudo y la bandera. Eso era parte de todo un amor que se generó por una patria y por una nacionalidad. Yo no conozco amor por otra patria que no sea Colombia. Lo que existe y se ha manifestado siempre ha sido inconformidad por diferentes circunstancias que, considero podemos solucionar, a las que el Estado no les ha dado solución.

Repito: para mí es incuestionable nuestra nacionalidad colombiana. La raíz está en una voluntad expresa que se ejerce una sola vez. No veo cómo uno puede cambiar de nacionalidad a la vuelta a la esquina, y decir hoy: soy, y, después: ya no quiero ser. Es como la adopción. Los padres adoptivos ya son los padres. Echar eso para atrás no es viable.

Nicaragua dice que somos una colonia, pero nosotros ejercemos iguales derechos que los ciudadanos de cualquiera otra parte de Colombia. Si no conseguimos las mismas oportunidades, eso no obedece a unas políticas de discriminación sino a desequilibrios existentes en el manejo de las cuestiones del Estado, como le pasa a mucha gente de otras latitudes nacionales y de otros países. Nosotros estamos, además, muy integrados al continente. En mi caso, como en el de muchos isleños, tenemos familia continental. Mi esposa es de Cartagena y nuestros hijos llevan otros apellidos intercalados con los nuestros.

No le veo viabilidad a una consulta del gobierno central a la población isleña frente a la demanda, porque aquí no hay ningún brote que diga que estamos bajo la soberanía de Colombia en contra de nuestra voluntad. Colombia tiene los títulos históricos y jurídicos y la voluntad de la población, que ya se manifestó en diversas oportunidades. No veo cuál organismo internacional podría hacer esa consulta porque no es pertinente. Pero si se hiciera la respuesta sería la misma a favor de Colombia. Repito: aquí no existe un brote de anticolombianismo que obligue a la intervención de ningún organismo internacional para hacer ninguna verificación.

Hay algo que me preocupa y es que, si un país pobre como Nicaragua puede atreverse a demandar la validez de nuestra soberanía a través de

un proceso que cuesta millones de dólares, pues el que gasta lo más gasta lo menos, y también es capaz de invertir unos dólares para distorsionar la conducta interna de las personas. "Por la plata baila el mico" y yo le tengo miedo a la manipulación. Estoy convencido de que la población es de una convicción y de una voluntad patriótica pero también se puede dar la guerra psicológica para modificar conductas a través de un par de habi-
 dosos con dinero.

Pero lo peor sería que Colombia no creyera que los isleños somos de corazón colombianos y que-
 remos ser colombianos, siendo que los isleños
 solos definimos desde muy temprano el país al
 cual queríamos pertenecer, y siempre hemos
 querido esta patria como un espacio libre dentro
 del cual podernos desarrollar.